

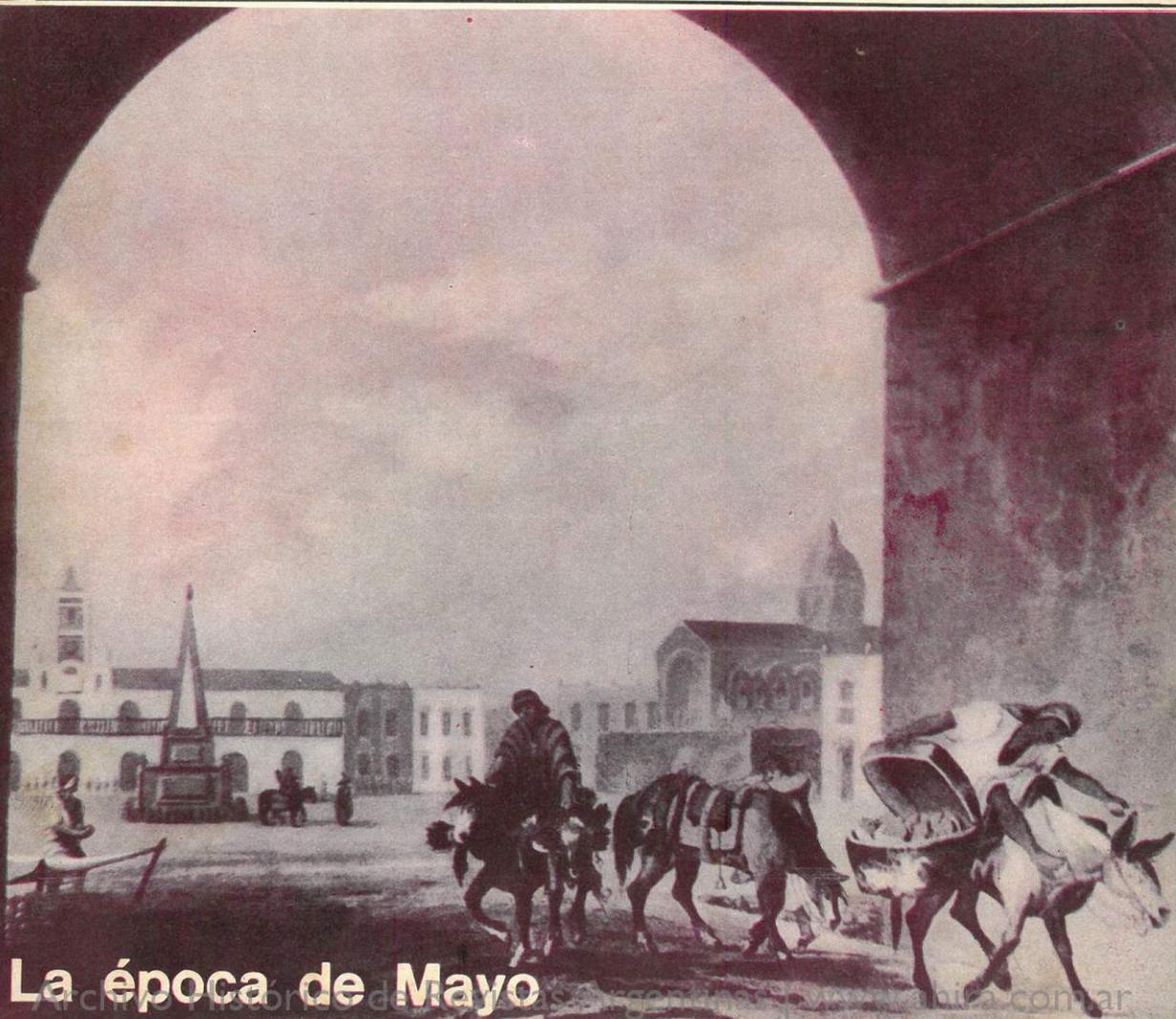
CAPITULO



CENTRO
EDITOR
DE AMÉRICA
LATINA

la historia de la literatura argentina

6



La época de Mayo

CAPITULO

la historia de la literatura argentina

6. La época de Mayo

Este fascículo ha sido preparado por el profesor doctor Raúl H. Castagnino, redactado en el Departamento Literario del Centro Editor de América Latina, y ha tenido una lectura final a cargo del profesor Adolfo Prieto.

CAPITULO constituirá, a través de sus 56 fascículos, una Historia de la Literatura Argentina, ordenada cronológicamente desde la Conquista y la Colonia hasta nuestros días. El material gráfico con que se ilustrará la Historia, estrechamente vinculado con el texto, brindará a los lectores una visión viva y amena de nuestra literatura y del país. Cada fascículo será, a su vez, un trabajo orgánico y completo sobre un aspecto, tendencia, período o autor de nuestras letras.

En CAPITULO Nº 7:

NACIMIENTO DE LA POESIA GAUCHESCA

- POESIA GAUCHESCA Y POESIA TRADICIONAL
- EL GAUCHO Y SU AMBIENTE
- HIDALGO, EL PRECURSOR
- LA OBRA DE HIDALGO
- EL TEMA DE LA INJUSTICIA SOCIAL
- EL ROMANCERO EN HIDALGO
- GAUCHESCA, NATIVISMO, Y FOLKLORE

y junto con el fascículo, el libro **CIELITOS Y DIALOGOS PATRIOTICOS**, de Bartolomé José Hidalgo

La época de Mayo (1800-1830)

El lapso comprendido entre 1800 y 1830, en las Provincias Unidas del Río de la Plata, está signado por hechos políticos, militares, sociales, culturales y económicos que deben ser tenidos en cuenta para su comprensión, desde el punto de vista de las realizaciones literarias. Se hace la revolución de Mayo. El territorio del antiguo virreinato del Río de la Plata pasa del carácter de Colonia al de Nación por decisión de un núcleo de nativos. Y estos cambian su condición de vasallos de la corona española por la de ciudadanos libres.

Este hecho trascendental obedece a antecedentes —lejanos unos, próximos otros—, y vertebrata acontecimientos sin solución de continuidad a través de las tres décadas antes señaladas.

Entre los influjos distantes cuentan, en primer lugar, la penetración racionalista y liberal que ya se ha visto actuar durante todo el virreinato; en segundo término, los ecos de la independencia de los Estados Unidos y de la Revolución Francesa. Entre los próximos, la ocupación napoleónica en España y las frustradas invasiones inglesas en el Río de la Plata. Los primeros actuaron a modo de ejemplo y constituyeron un fermento ideológico; los segundos derivaron en inquietudes económicas y sociales, en reclamos de libre comercio, en la revelación de las posibilidades políticas de los criollos ante el deslucido papel de los españoles.

El proceso desembocado en el 25 de Mayo de 1810 se incuba en aquellos factores, pero marca en los actores dos nítidas tendencias, reflejadas en la integración de la Primera Junta de gobierno patrio: moderados conservadores y renovadores liberales, saavedristas y morenistas.

Cupo a la nueva nación llevar las inquietudes libertadoras a países vecinos y enfrentar al español en los campos de batalla, con suerte alterna,

donde por ejemplo expediciones, como la del Alto Perú, conoce insurrecciones; la de Córdoba, triunfos como los de Potosí y desastres como el de Huaqui; la del Paraguay, tropieza con adversidades climáticas y fracasos, pero resultan no menos importantes para la liberación de los pueblos sojuzgados por España. Luego, con la llegada de militares y personalidades —que dejaron el servicio de España: San Martín, Alvear y Zapiola— y de las facultades concedidas a civiles experimentados como Manuel Belgrano, se organizarán ejércitos regulares que alcanzarán triunfos decisivos en Salta y Tucumán, Chacabuco y Maipú, hasta conseguir llevar fuera del territorio patrio al enemigo y derrotarlo, ya en la década 1820-1830, definitivamente.

Las promociones intelectuales. —

Tan ardua como la lucha en los campos de batalla fueron: la convivencia entre peninsulares y criollos en los centros urbanos; el problema de organizar el país, entre enemigos solapados, sucesivos gobiernos o desgobiernos —Junta, Triunvirato, Directorio—, hasta llegar al día nefasto “de los tres gobernadores” y desencadenar la ola de anarquía que conflictuará la nueva nación durante largos años.

Entre los hitos comprendidos desde el comienzo del siglo XIX hasta 1830, la fisonomía cultural y social del virreinato del Río de la Plata, primero, y la de las Provincias Unidas, después, ofrece relativa continuidad de rasgos, pese a las variantes políticas y jurídicas al ser proclamada nación libre la antigua colonia hispana.

Esa continuidad procede de los hombres que actúan en una y otra; de las mismas condiciones culturales sobrevivientes, con una ínfima minoría letrada y mayorías —urbanas, suburbanas y campesinas— analfabetas; de

Literatura colonial y literatura argentina

Es lícito suponer que una literatura nacional comience con la Nación. Sin embargo, ya sabemos que tal supuesto no es axiomático, y que debido a ello existe desacuerdo entre los historiadores acerca de si el estudio de la literatura argentina ha de iniciarse coincidente con el despuntar de la nacionalidad o con los antecedentes coloniales que de alguna manera la prefiguran. La realidad dice que, en 1810, las Provincias Unidas del Río de la Plata definen la aspiración de ocupar por derecho propio un lugar en el concierto de los países de Occidente y concretan la faz política de una entidad americana que se erige como nación libre tras casi cuatro siglos de colonización. Pero la realidad dice también que semejante definición no ocurre al propio tiempo en la faz cultural y espiritual, donde su personalidad quedará aún sin perfilar por largos años; ni mucho menos ocurre en el orden particular de lo literario donde la gravitación de un modo expresivo de origen metropolitano será sólido cordón umbilical. Queda con esto anticipado que al producirse la Emancipación no aparecerán simultáneamente nuevos movimientos literarios, y que las descoloridas muestras que durante bastante tiempo se hallarán son prolongación y reflejo de actitudes culturales y expresivas preexistentes, de origen español y europeo. Tampoco aparece, de buenas a primeras, la definición de una entidad literaria consecuente con la entidad política aunque serán perceptibles los esfuerzos por lograrla. Prácticamente hasta 1830 se prolonga la penetración espiritual de la Colonia en la literatura de la patria emancipada. El signo más visible en busca de una diversificación queda registrado en la relación de la lírica con la causa de la Revolución y los esfuerzos de aquélla por ponerse a tono con ésta.

El proceso que va a culminar el 25 de mayo de 1810 obedece a complejos factores políticos, económicos y sociales. La transformación del virreinato del Río de la Plata en nación independiente también repercutirá poderosamente —aunque no en forma inmediata— en las letras argentinas.



Fusilamientos del 3 de mayo de 1808 en Madrid (Goya).

las formas de educación recibida, teocrática, humanista por vía escolar oficial y, subrepticamente, en algunos casos, por escapes liberales, racionalistas, enciclopedistas y progresistas. En esos treinta años (1800-1830) transcurren dos promociones intelectuales en relación con lo que ya cabe denominar cultura y letras argentinas.

Ambas son muy semejantes en formación, orientaciones y gustos; una actúa desde los primeros días del siglo, tiene participación activa en la gestación de la patria nueva y aunque en su seno hay renovadores y reaccionarios, progresistas y conservadores, deja un saldo positivo y básico; otra, nucleada hacia 1821, en torno de la figura de Bernardino Rivadavia, por los que eran apenas niños o adolescentes en los días de la gesta maya. En la primera no hay escritores con vocación literaria; es la ocasión política la que los mueve a valerse de la pluma para servir a sus ideas o a la causa política abrazada.

Escriben en periódicos efímeros y en hojas volanderas. No publican libros de creación y sólo uno de ellos —el presbítero tucumano José Antonio Molina— abrocha un cuadernillo de poesías navideñas. Sin embargo, casi todos escriben versos patrióticos para enardecer el fervor ciudadano, para significar las victorias de las armas criollas contra los godos. Son versos retóricos, fieles a las humanidades escolares y de no mediar la circunstancia feliz y práctica de la compilación colectiva, realizada en 1824, en *La lira argentina*, por Ramón Díaz, se hubieran perdido y olvidado sin pena ni gloria. Entre estos poetas de la Revolución de la primera promoción, se sitúan: Fray Cayetano Rodríguez (1761-1823), José A. Molina (1773-1838), Juan Ramón Rojas (1784-1824), Vicente López y Planes (1785-1856), Esteban de Luca (1786-1824), Bartolomé Hidalgo (1788-1823). Predomina en ellos la lírica patriótica, aunque como se verá, esporádicamente, algu-

nos de ellos ensayen otras especies líricas ajenas a la inspiración revolucionaria. Algunos fogosos adalides políticos, como Mariano Moreno (1778-1811) y Bernardo Monteagudo (1787-1825) ejercitan el fervor combatiente en el mismo grupo, a través de prosas militantes. Y no falta algún teórico moderado, como el deán Gregorio Funes (1749-1829), que intenta la filosofía y la historia del proceso.

La segunda promoción agrupa a jóvenes liberales y progresistas, conocidos también como "los unitarios del año 25", según los denominó Sarmiento, europeizantes, razonadores, emprendedores y faltos de sentido práctico.

Entre ellos, la figura de Juan Cruz Varela (1794-1839) emerge nitida, como la del primer poeta "nacido con vocación poética" en el Río de la Plata: el primero, también, que ordena, en 1831, los originales de un propio libro de poemas. Luego, Manuel Belgrano (1800?-1839), sobrino homónimo del prócer, con inquietudes dramáticas; Juan Crisóstomo Lafinur (1797-1824), vocero de nuevas filosofías y didácticas, duramente combatido por anquilosados profesores escolásticos; y Florencio Varela (1807-1848), hermano de Juan Cruz, feliz satírico, con algún despunte prerromántico.

Las condiciones ambientales en que una y otra promoción actúan son diversas.

Los hombres de Mayo enfrentan el régimen político-social hispano, las ideas tradicionales, los prejuicios anti-criollistas, la postergación como nativos. Deben padecer previamente tal estado de cosas y sobreponerse a él; luego, con los balbucesos y los primeros pasos de la incierta patria nueva, deben pagar el duro precio de la inexperiencia política, de los intereses creados comprometidos, del sostenimiento de ejércitos improvisados en la lucha contra los españoles. Todo ello determina grados de absorción



Mariano Moreno



Cornelio Saavedra



Juan Crisóstomo Lafinur

y dispersión y se refleja en los rasgos de una literatura ocasional, al servicio de la causa patriótica —unas veces armas, otras desahogo— siempre bajo la advocación seudoclaicista, con apelaciones mitológicas de uso corriente y aferrados a preceptos seudoaristotélicos.

Los hombres de la segunda promoción ven ya paulatinamente alejado al enemigo extranjero, las luchas posprimeras en campos de batalla lejanos; pero tropiezan con las crisis interiores, con fiebres de crecimiento, con la anarquía y las facciones, con la desorganización política y las ambiciones. Tampoco ellos encuentran un terreno consolidado para la firme y permanente labor en el campo exclusivamente literario y se realizan sólo parcialmente, aunque albergan el presentimiento de escuelas nuevas y posibilidades de expresión distintas.

Factores ideológicos.— Los elementos que constituyen el fermento en la formación de ambas promociones, son complejos. Por una parte, la influencia de Juan Jacobo Rousseau y *El contrato social*; de la enciclopedia y el racionalismo. Alejandro Korn, en el examen sobre *El pensamiento argentino* (Buenos Aires, Nova, 1961), estimaba rotundamente: “En toda la literatura revolucionaria se tropieza con las huellas de esta influencia; el pacto social, la voluntad general, la salud pública, la soberanía inalienable... son giros corrientes, que usaron hasta los predicadores en el púlpito”.

Por otra parte, la infiltración de doctrinas económicas: la escuela liberal de los fisiócratas y librecambistas —el prócer Manuel Belgrano (1770-1820) tradujo algunos opúsculos de esta tendencia— estimulaban en primer término el cultivo de los suelos como fuente básica de riqueza. En el orden literario —escape lateral de la lírica—

todo el llamado virgilianismo americano responde directamente a esta causa politicoeconómica y a su concomitante ideología,

También en esa fermentación concurren como factores desencadenantes algunos de los ya señalados anteriormente: la revolución francesa (1789), la acción del liberalismo español, sobre todo a través del pensamiento de Jovellanos contenido en el *Informe sobre la ley agraria*, propulsor de iniciativas de moderada reforma; del elogio de Carlos III, donde considera las sociedades económicas como “dechados de instituciones políticas”. La influencia de Jovellanos en el Río de la Plata llega hasta los días rivadavianos, aunque uno de los testimonios más significativos de esa corriente económica liberal queda tempranamente asentado en la conocida *Representación a nombre de los hacendados*, de Mariano Moreno, en 1809.

En relación con este movimiento ideológico que recorrió los últimos años de la Colonia y los albores de la nueva nación, conviene señalar las enseñanzas impartidas por ciertos catedráticos de la universidad de Charcas, a las que concurrieron algunos criollos rioplatenses; y la creación en Buenos Aires del Colegio de San Carlos, por cuyas aulas pasaron los hombres de la promoción de Mayo. Erigido éste luego de la expulsión de los jesuitas, sus bases fueron las retóricas y escolásticas, que se manifiestan en casi todos los escritores argentinos hasta 1830, si bien en otras materias las enseñanzas allí impartidas resultaron cerradamente teologales, como recuerda el testimonio del doctor Manuel Moreno en *Vida del doctor Moreno*, al expresar que allí formaban de los alumnos, “teólogos intolerantes, que gastan su tiempo en agitar y defender cuestiones abstractas... y consumen su vida en averiguar las opiniones de autores antiguos, que han establecido sistemas extravagantes y arbitrarios sobre puntos que nadie es capaz de conocer”.



Gaspar Melchor de Jovellanos
(óleo de Goya).

La posición encontrada de liberales y conservadores, de progresistas y reaccionarios, se manifiesta en la nueva nación a partir de mayo de 1810, y tanto como entraña desacuerdo político, económico e ideológico, supone también un latente conflicto religioso, aunque no faltan clérigos "ilustrados" y comprensivos, como Ignacio Castro Barros, Manuel Alberdi, etc. El deán Funes, en el plano de las ideas expuestas ex cátedra representa una tendencia moderada, pero en general la Iglesia ofrece como institución una oposición resuelta aun después de que la Asamblea del año XIII declara caduca la autoridad de la Inquisición.

A esa posición encontrada se suma también la de españoles y criollos, y el saldo positivo que legan a la cultura argentina posterior es la formación, entre permanentes luchas y conflictos, de un ideal democrático.

Las enseñanzas laicas tuvieron también algunos apóstoles, como el ya mencionado Juan Crisóstomo Lafinur, que en 1818 enseñó, en el Colegio Unión del Sur, los principios de la filosofía sensualista de Condillac, con gran alboroto de sus colegas de claustro.

Rivadavia, en 1821, tras largas penurias y oposiciones sufridas por esta iniciativa, inaugura la Universidad de Buenos Aires, donde entre otros, enseñará filosofía Manuel Fernández de Agüero, mal visto por su tolerancia frente a los retrógrados teocratizantes. Desde el punto de vista de las doctrinas estéticas que se reflejarán en lo literario, de las corrientes y actitudes culturales anteriores, con la entrada del siglo XIX se advierte en el ámbito de las letras rioplatenses la paulatina desaparición de los rasgos barrocos y gongoristas que sobreviven lánguidos entre ataduras retóricas y preceptos pseudoclásicos. Las rigideces canónicas de la escuela die-



Juan Cruz Varela

Nació en Buenos Aires, el 23 de noviembre de 1794. Hizo sus primeros estudios en el Colegio San Carlos, y en abril de 1810 se matriculó en la Universidad de Córdoba, donde se doctoró en Teología, en 1816, sin recibir órdenes sacerdotales. Se incorporó, como oficial tercero, a la burocracia estatal donde hizo carrera y alcanzó el cargo de oficial primero, junto a Rivadavia, de quien fue adicto y leal defensor en las lides periodísticas, en órganos como El Centinela, El Mensajero Argentino y El Granizo. En oposición a Dorrego, luego de la caída de Rivadavia, redactó El Tiempo. Esta posición determinó su exilio, y debió refugiarse con su familia en Montevideo, donde fue siempre un constante alentador de los proscripitos argentinos que escapaban del régimen de Rosas.

Durante su destierro no dejó de padecer persecuciones. Dos veces lo tuvo preso Oribe. Aquejado de una grave afección gástrica, murió allí mismo, en Montevideo, el 23 de enero de 1839, en plena capacidad creadora, pues acababa de cumplir apenas los cuarenta y cinco años.



Manuel Moreno

ciocesca esquivan las efusiones sentimentales e imaginativas, para buscar un énfasis elocuente y oratorio, donde los modelos tribunicios de Quintana, Cienfuegos o Callegos tienen predilección antes que las delicadezas a lo Meléndez Valdez. El tema patriótico se asocia a un aparato mitológico escolar y convencional. Todo es fórmula y, en general, falta la autenticidad de lo espontáneo. Una temática que ahora podría llamarse "argentina", sigue montada en una estructura formal que puede llamarse "española".

De hecho, en las expresiones literarias rioplatenses hasta 1830 —salvo los brotes populares y gauchescos tempranos— no hay nada nuevo. Nada que diferencie de lo hispano, de la Colonia. Prácticamente, hasta 1830 se vive una prolongación espiritual de la Colonia en el orden intelectual, aunque en las conciencias más lúcidas se busque acompañar la libertad política con la libertad mental.

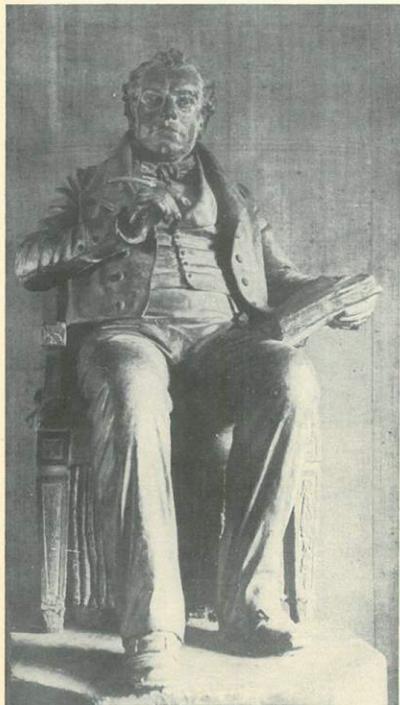
Las Sociedades. — Un elemento aglutinador, a lo largo del período 1800-1830, han sido las primeras sociedades juveniles surgidas por influjo liberal sobre el modelo de las sociedades filantrópicas europeas. Los hombres liberales anteriores a la Revolución de Mayo hicieron un ensayo en la Sociedad Patriótica, Literaria y Económica, que funcionó por inspiración de Francisco Cabello y Mesa, en relación con el *Telégrafo Mercantil*. La suerte de esta Sociedad, acerca de la cual se carece de datos, estuvo directamente relacionada con la de ese periódico, en cuanto a sostenimiento, suscripciones, colaboraciones, lo mismo que con la de su fundador.

En 1811, el grupo adicto a las ideas de Mariano Moreno en la conducción de la nueva nación se constituyó en



Acto de fundación de la Universidad de Buenos Aires

En tiempos de Rivadavia, las artes y la literatura florecieron en forma notable. Hay que destacar, sobre todo, la creación de varias "sociedades" culturales y artísticas, de las cuales surgieron algunos talentos individuales que luego sobresaldrían en la formación de nuestra literatura.



Bernardino Rivadavia

Sociedad Patriótica, de acción política y oratoria antes que estrictamente literaria. Se reunía en el Café de Marcos y, noche a noche, algún miembro declamaba o leía un trabajo. Fueron sus socios más fogosos: Julián Alvarez, Agustín J. Donado, Antonio L. Berutti, Domingo French, Ignacio Alvarez Thomas, Ambrosio Mitre, Matías de Oliden, Francisco Seguí, José Lastra, Juan F. Terrada, Cosme Argerich, José M. Arzac, Buenaventura Arzac, entre un total de cincuenta concurrentes habituales. La Sociedad Patriótica fue arrasada por la facción antimorenista, que se afirmó en el gobierno, luego del alejamiento del ideólogo, pero sirvió para revelar el talento político de Bernardo de Monteagudo y en su núcleo activo se incubó la idea gestora de la Logia Lautaro.

Durante los días del Directorio de Juan Martín de Pueyrredón, se fundó la Sociedad del Buen Gusto en el Teatro, entidad destinada oficialmente a fomentar la creación dramática bajo el lema: "El teatro es instrumento de gobierno". En ella figuraron los intelectuales prominentes de 1817: Ignacio Alvarez Thomas, Juan Ramón Rojas, Camilo Henríquez, Florencio Terrada, Juan José Passo, Antonio Sáenz, Vicente López y Planes, Miguel Riglos, Santiago Boudier, Juan Manuel Luca, Esteban de Luca, Ignacio Núñez, Tomás Luca, Santiago Wilde, Floro Zamudio, Julián Alvarez, Mariano Sánchez, José María Torres, Bernardo Vélez, Valentín Gómez, Domingo Olivera, Justo García Valdez, Miguel A. Sáenz, Juan Manuel Pacheco, José Olaguer Feliú, Santiago Wilde.

La Sociedad del Buen Gusto en el Teatro realizó alguna obra de provecho para estímulo de las actividades dramáticas en Buenos Aires: intentó relacionar los triunfos militares de San Martín con el sentir popular, a través de la escena; mandó traducir



Juan Martín de Pueyrredón

EL CENSOR

JUEVES 31 DE JULIO DE 1817.

Sociedad del buen gusto de teatro.
A esta clase de sociedades es debida en gran parte la perfección del teatro moderno, y la civilización y delicadeza europea. — El Sr. Gobernador Intendente la invitó á varios señores para que sean los primeros individuos de una sociedad con el título *del buen gusto de teatro*. Su objeto es promover la mejora de nuestras exhibiciones teatrales, procurando se den obras originales: se traduzcan las mejores extranjeras, y se reformen algunas antiguas, para que el teatro sea escuela de las costumbres, vehículo de instrucción y órgano de la política. Ellos revisarán las que hayan de representarse, ó cantarse; sin su aprobación no se espandrán al público, dirigián los ensayos por comisiones &c. Honrará á la sociedad, si ella pretende organizarse, aumentarse, dirigir sus tareas &c. Los señores invitados fueron los siguientes.

Página de un periódico de la época

piezas de Voltaire, Alfieri, Kotzebue, para reemplazar el habitual repertorio hispano de Calderón, Lope, Tirso y Moreto; invitó a los nativos que se creyeran dispuestos a crear para el teatro a presentar piezas. Dos autores, uno oculto bajo el seudónimo "Un americano", y el fraile chileno Camilo Henríquez entregaron sendas producciones, que produjeron algún alboroto por el tema, pero que no trascendieron por sus escasos méritos.

La vida de la Sociedad del Buen Gusto en el Teatro fue muy breve y desapareció por desavenencias entre sus miembros y por la crítica situación política que enfrentaba el país, precipitado en la anarquía.

En 1822, con el objeto de vigilar la marcha normal de las instituciones, se fundó la Sociedad Amigos del País, también de muy breve vida, pero proyectada literariamente a través del periódico *El Ambigú de Buenos Aires*.

La acción de Rivadavia fue constante en los intentos de agrupar personalidades de gustos y tendencias afines.

En su tertulia personal, en diversas asociaciones, promovió permanentemente entre sus allegados la inquietud intelectual. Limitándonos aquí a las sociedades relacionadas con el arte, es del caso recordar que por su inspiración surgieron, mientras fue ministro de la gobernación de Martín Rodríguez, la Sociedad Literaria de Buenos Aires, la Sociedad de Ciencias Físicas y Matemáticas, la Sociedad de Beneficencia y la Sociedad Filarmónica, entre otras.

La Sociedad Literaria de Buenos Aires nació como resultado de la convocatoria efectuada en los primeros días del mes de enero de 1822, en casa de Julián Segundo de Agüero, quien fue luego propuesto para presidente de la entidad e Ignacio Núñez como su secretario. Y figuraron

como miembros de número, entre otros, además de los antes citados, Antonio Sáenz, Cosme Argerich, Juan Antonio Fernández, José S. Malabía, Esteban de Luca, Juan de Bernabé y Madero, Manuel Moreno, Santiago Wilde, Vicente López y Planes, Fray Juan de Acevedo y Felipe Senillosa.

La Sociedad Literaria publicó un periódico bisemanal: *El Argos de Buenos Aires*, y una revista, *La Abeja Argentina*. Recibió constante apoyo del gobierno, pero las circunstancias políticas sociales vividas por el país frustraron sus posibilidades. Es del caso consignar que entre sus iniciativas figuró un proyecto para crear un teatro nacional, y para sostener una escuela "de acción y declamación" que lo proveyera de intérpretes.

Sin embargo, las vicisitudes políticas impidieron concretar sus actividades de modo sólido, y en junio de 1824, sus miembros decidieron disolverla.

Otro grupo juvenil, de inquietud intelectual, fundó, a fines de 1821, la Sociedad Valeper de Buenos Aires.

Fueron sus miembros: Juan Crisóstomo Lafinur, Bartolomé García, Manuel Belgrano, Angel Saravia, Diego Alcorta, Ruperto Godoy, Francisco Pico, Valentín Alsina, Ireneo Portela, entre otros. No está muy claro si su funcionamiento obedeció a las características de las sociedades secretas o a las de los parnasillos y academias del siglo XVII y XVIII, pues sus integrantes se reconocían por sendos seudónimos y con el común apellido Valeper. Sus actividades principales se orientaron a lo literario, y en sus sesiones se leyeron estudios sobre "La decadencia de las ciencias", "La tolerancia religiosa", "Influencia del hábito sobre la vida orgánica". Intentó publicar el periódico *El Nuevo Argos*, que no alcanzó a ver la luz, pues la sociedad se disolvió en enero de 1823.

Todas estas asociaciones afloradas entre 1800 y 1830 están afectadas



Primera página del N° 1 de El Argos



Primer número de La Abeja Argentina

El virgilianismo en Lavardén, y la revolución

La poesía utilizada como prédica y encomio de las labores rurales, según la influencia de las Geórgicas, tienen en el Río de la Plata antecedentes que se remontan a fines del siglo XVIII. Ya en la Sátira de Lavardén, en 1786, hay una clara alusión a este tema, aunque formulada muy al pasar:

Mal año para el hijo de la perra
(un campesino añadió dando un corcobo)
y aún faltan conchabados en la tierra!

En ella se adivinan anhelos —sin duda conocidos por él, en su carácter de administrador de estancias del rey— que después traspone barrocamente en la majestuosa Oda al Paraná, de trasparente virgilianismo, cuando expresa:

Extiéndete anchuroso, y tus vertientes dando socorro a sedientos campos, dan idea cabal de tu grandeza. No quede seno que tu excelsa mano deudor no se confiese. Tú las sales derrites y tú elevas los extractos de fecundos aceites: tú introduces el humor nutritivo, y suavizando el árido terrón, haces que admita, de calor y de humedad, fermentos caros. Ceres de confesar no se desdena que debe a tu grandeza sus ornatos...

Ejemplo ya casi típico de este virgilianismo poético que, dentro delseudoclasicismo propio de la época, será una de las vetas de la poesía de la Revolución.

por la inestabilidad política, por el fantasma de ateísmo y descreimiento que contra ellas agita la intolerancia.

Su acción estrictamente literaria, por las mismas razones, fue de escasa monta. Pero interesa consignar su existencia porque revela un proceso constante en el espíritu liberal y democrático rioplatense, iniciado con la definición del espíritu criollo y cuya intensificación coincide, a lo largo del siglo XIX, con los momentos de predominio de la clara visión liberal y democrática de la cultura.

Las especies cultivadas. — En la convergencia y simultaneísmo de esa triple concurrencia de los esfumados y paulatinamente postergados alientos barrocos y gongoristas; de los diáfanos planteos racionalistas; de las rigideces canónicasseudoclásicas, y de la ideología enciclopedista, pugnan en las tres primeras décadas de la patria nueva varias manifestaciones del quehacer literario, fundamentalmente de carácter lírico, aunque de un lirismo complejo. Pues la poesía patriótica o las relaciones gauchescas se asoman, a veces, a lo épico convencional. En un orden cronológico de aparición, esas experiencias líricas incluyen: la sátira, producto de desasosiegos íntimos; la reminiscencia vigiliana, nacida de inquietudes vinculadas con la agricultura y la economía; la inflexión gauchasca, que promete un telurismo definidor. En otro orden genérico, la dramática, de clara militancia ideológica. Podría añadirse marginalmente, quizás, la prosa política, el ensayo histórico; pero quedan éstos fuera de la creación literaria propiamente dicha.

Estos elementos, a pesar de instrumentarse dentro de la faz política de la nueva nación, marcan visiblemente una prolongación espiritual de la Co-

lonia en su tono escolástico y teocrático, tanto en los principios institucionales como en las capas sociales que reflejan. Pero su rasgo más característico, y no por cierto de superficie, reside en la lucha íntima que sostienen por plasmar una fisonomía propia. De hecho, y a través de alternativas diversas, el lapso transcurrido entre 1810 y 1830 en las letras rioplatenses lleva este conflicto como trasfondo, que podrá advertirse en todas las manifestaciones espirituales. En la inevitable síntesis que reclama un panorama histórico de la naturaleza del presente será preciso recorrer algunas de esas manifestaciones en el orden literario a través de las formas satíricas, del virgilianismo, de la formulación patriótica, de la actitud lírica y de la expresión dramática, porque es a través de ellas donde parecen darse los signos más característicos que conducen al despertar de una expresión literaria nacional. A través de géneros y especies se descubre una diversidad de productos que no alcanzan originalidad y personalidad auténticas.

En cada uno de ellos queda visible la inmediata raíz colonial. De ahí que la elección del año 1830 como límite convencional para otear los albores de la literatura argentina signifique también que la siguiente actitud estética rioplatense, la romántica, se esfuerce por cortar los vínculos que en lo espiritual aún la atan a la Colonia, y se plantee la necesidad de una emancipación intelectual semejante a la política, para lanzarse a la búsqueda de una expresión que pueda llamarse propia.

Desahogo por la sátira. — Producto de inhibiciones pasionales motivadas por el racionalismo y del freno sentimental-imaginativo que diluyó o restringió la lírica hispánica del si-



Buenos Aires hacia 1826 (Vidal)

La proliferación de periódicos en el período revolucionario, si bien no contribuyó de por sí a crear una literatura nacional, acrecentó en el público lector —que, desde luego, no era aún muy numeroso— la conciencia de los asuntos culturales y de la vida pública del nuevo país.

El periodismo en la época de Mayo

El propósito de canalizar una literatura nacional está, a menudo, relacionado con la facilidad de medios expresivos con que se cuenta. La queja de Juan Cruz Varela, en el número 44 de El Tiempo, del 28 de junio de 1828, es testimonio de esas dificultades, de los costos de impresión. Sin embargo, en las tres primeras décadas del siglo XIX, en el Río de la Plata y en relación con las dos promociones intelectuales se da una asombrosa proliferación de hojas políticas, comerciales y proselitistas, que acusa cifras sin parangón en otros lugares.

El fenómeno liberal-económico está directamente relacionado con la aparición de los primeros periódicos rioplatenses. El Telégrafo Mercantil, Rural, Político, Económico e Historiográfico, fundado por Francisco A. Cabello y Mesa, cuyo primer número aparece el 1º de abril de 1801, inaugura el siglo y nuestra prensa, con el compromiso sentado en su programa de trabajo que —según Juan María Gutiérrez— fue superior a sus fuerzas. Este primer ensayo periodístico, de vida efímera, fue seguido por el Semanario de Agricultura, Industria y Comercio, a partir del 1º de setiembre de 1802, editado por Pedro D. Cerviño e Hipólito Vieytes; a su vez desaparecido con motivo de las invasiones inglesas, en 1807. Los editores lanzaron, con textos bilingües, en Montevideo, La Estrella del Sur. Una Gaceta del Gobierno de Buenos Aires, en 1809, daba a conocer documentos oficiales, hasta que Manuel Belgrano fundó el Correo de Comercio, aparecido desde el 3 de marzo de 1810 y sobrevivido hasta el 23 de febrero de 1811. Es de subrayar —como, por

otra parte, bien lo anunciaban sus títulos— la relación económica que caracteriza las primeras muestras periodísticas rioplatenses hasta la Revolución de Mayo. No son hojas para el pueblo en general —tégase en cuenta el carácter analfabeto de las mayorías— sino para ciertos grupos sociales: comerciantes, hacendados, funcionarios, reducido núcleo de intelectuales, intereses ultramarinos, etc. Después de 1810, los periódicos —siempre de vida efímera— se multiplican, a partir de La Gazeta de Buenos Aires, debida a la iniciativa de Mariano Moreno y prolongada, con denominaciones diversas, hasta 1821, siempre con carácter oficial. Luego El Censor (1812), de V. Pazos Silva y Bernardo de Montegudo; el Mártir o Libre (1812); El Grito del Sud (1812-1813); El Redactor de la Asamblea (1813); El Independiente (1813), otra efímera hoja, también titulada El Censor, aparece en 1815 junto con La Prensa Argentina, considerados “los más genuinos exponentes del periodismo nacional durante el primer lustro de la patria nueva”. Entre 1816 y 1820 se editan: El Redactor del Congreso Nacional, El Observador Americano, La Crónica Argentina, El Independiente, El Desengaño, La Colmena, El Americano, El Teofilantrópico. En estas publicaciones ya no tienen preferencia absoluta los problemas económicos y mercantiles, sino los políticos, los conflictos civiles y las pasiones facciosas. Los intereses de grupo reflejan en ellos los pasos inciertos de un país nuevo, que aún tiene un enemigo exterior contra quien luchar y que todavía no acierta con el camino definitivo. En la década 1820-1830 los papeles impresos alcanzan gran proliferación y todos ellos reflejan las luchas internas y los episodios de triunfos parciales de los distintos intereses en juego



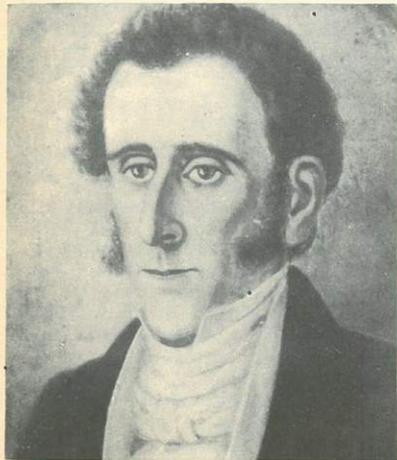


El Año Veinte, El Despertador Teofilantrópico, Místico y Político, El Gauchipolítico, El Imparcial La Legión del Orden, El Constitucional, El Argos de Buenos Aires, La Abeja Argentina, El Centinela, El Granizo, El Ambigü de Buenos Aires, El Correo de las Provincias, La Gaceta Mercantil, El Republicano, El Argentino, El Nacional, Mensajero Argentino, El Tiempo, etcétera, son los principales entre un total de ciento noventa y tres hojas y semanarios diversos, aparecidos entre 1820 y 1830, sin contar algunos diarios y semanarios extranjeros, editados en el país como The Cosmopolite, The British Packet and Argentine News, The American, L'Occident, L'Echo Français, L'Abeille, Le Censeur, Le Spectateur Français.

Esa aparente vitalidad del periodismo argentino —si se tiene en cuenta la abundancia de títulos—, sin embargo, no debe inducir a error. Porque se trata a menudo de hojas efímeras, que rara vez llegaban a las masas analfabetas y, con frecuencia, respondían a reacciones personales o de grupo.

En otro sentido, esa proliferación tampoco sirvió para favorecer el lanzamiento de una literatura nacional o de una crítica literaria orientadora. Juan Cruz Varela, indudablemente el más auténtico escritor entre los criollos de este período, escribió cinco artículos en El Tiempo entre el 14 de junio y el 23 de julio de 1828 —piedra básica para la historia de nuestra crítica literaria—, donde a propósito de esta engañosa abundancia periodística, señaló: “Tendremos, si se quiere, libertad de escribir, pero el arte de imprimir está tan poco adelantado en su ejecución, es tanto lo que cuesta la impresión de un pliego de papel, que son pocos los que pueden procurarse los

medios de publicar sus ideas. Muchos serán, sin duda, los proyectos formados para escribir periódicos y abandonados por aquellos motivos. ¿Y quién no sabe cuánto contribuyen los periódicos a la ilustración de un país? ¡Cuántos talentos fecundos se habrán esterilizado por esta causa! Entretanto es indudable que, si el filósofo que medita en su gabinete, el orador que discute en la tribuna grandes intereses nacionales, el que trabaja en reunir datos para escribir la historia, y el poeta que ejercita su imaginación copiando la naturaleza, tuviesen la facilidad de dar al público sus producciones en el momento de acabadas, el gusto se formaría; el deseo de obtener la estimación general haría nacer esa noble emulación de que resultan siempre las mejoras de toda clase; y la mayor demanda de este género, si así podemos explicarnos, aumentaría su cantidad ofrecida, como sucede con todos los demás.” Y luego de otras consideraciones relativas a los modos de ilustración de los individuos, Juan Cruz Varela cierra su artículo, con este testimonio acerca del periodismo: “Esta fuente benéfica, destinada a satisfacer al pueblo su sed de conocimiento, se ha enturbiado considerablemente...; los periódicos todos se han alistado bajo las banderas de algún partido político, y han defendido su causa con un ardor fanático, semejante a los de las guerras de religión. La imprenta se ha hecho la arena donde se han dado las grandes batallas: la intolerancia y el encarnizamiento de las opiniones políticas, que nada perdonan, o respetan muy poco, no es ciertamente el mejor medio de ilustrar...” (El Tiempo, número 44, 25 de junio de 1828).



Esteban de Luca

glo XVIII, florecen en la España borbónica la sátira poética y la polémica, como escapes naturales para aquellas contenciones. El desahogo íntimo corre evidente desde las *Fábulas literarias* de Iriarte hasta los encontronazos de Clavijo y Fajardo con Romea o Francisco M. Nipho; desde las *Sátiras* de Jorge Pitillas y de Torres de Villarroel hasta las de Leandro de Moratín; o de *Los eruditos a la violeta* de Cadalso a *El asno erudito*, de Forner. Todo habla de encrespamientos y escapes pasionales traducidos en duelo de pluma y tinta.

Algo de ese belicismo literario dieciochesco se transplanta al Río de la Plata, y su reflejo se percibe en la *Sátira* (1786) de Manuel J. de Lavardén, ya estudiada en su oportunidad, donde el autor de *Siripo* campea en defensa de Juan Baltazar Maciel, duramente fustigado, desde Buenos Aires y desde Lima, por dos sonetos que compuso en elogio del virrey Loreto. "La *Sátira* —ha escrito Emilio Carilla— nos pone por primera vez en la historia literaria de Buenos Aires en presencia de una personalidad definida. Breve fruto, eso sí, significativo de una pujanza después corroborada. La *Sátira* revela, además, casi al margen de los límites poéticos, un optimismo social, un orgullo ciudadano sin duda prematuro, pero briosamente sostenido en los siglos posteriores".

En esta modalidad satírica, a partir de 1801, con la aparición del *Telégrafo Mercantil*, se registra una serie de letrillas de dudoso buen gusto, muchas de ellas debidas a la pluma del propio editor del periódico, Francisco A. Cabello y Mesa.

Mayor originalidad y sentido estético revela Domingo de Azcuénaga (1758-1821), autor de fábulas que constituyen la parte apreciable de su producción literaria. En el *Telégrafo Mercantil* aparecieron: "El toro, el

oso y el lobo"; "El mono enfermo"; "El águila, el león y el cordero"; "El comerciante y la cotorra"; "Los pagayos y la lechuza"; "Los sátiros"; y "El mono y el tordo", todas ellas intencionadas y concnientes al medio rioplatense. Después de la Emancipación, en actitud de escéptico espectador, Azcuénaga siguió apuntando, con cierto buen humor, las vicisitudes de la patria naciente, en la inestabilidad de gobiernos e instituciones.

En la tertulia de Esteban de Luca, un personaje pintoresco del Buenos Aires rivadaviano llamado "el loco Tartaz", recita la sátira de Fray Cayetano Rodríguez (1761-1823). "El sueño de Eulalia contado a Flora", en cuya ingenuidad trasunta alguna picardía criolla, al recriminar a las mujeres partidarias de los españoles, y un cuadro de época que sobrevive a título documental.

En otro tenor, *La Lira Argentina*, antología reunida por Ramón Díaz en 1824 y editada en París, ha conservado piezas sueltas del iracundo Padre Castañeda; sátiras gruesas e ingeniosas, en muchos casos con las correspondientes réplicas encubiertas tras pintorescos seudónimos. En dicho volumen se han conservado, también, primicias de la expresión satírica en lenguaje agauchado, como aquel importante *cielo*, sin duda proveniente del ingenio de Bartolomé Hidalgo (1788-1822), titulado: *Un gaucho de la guardia del Monte contesta al manifiesto de Fernando VII y saluda al conde de Casa-Flores con el siguiente cielito escrito en su idioma*, que en más de un pasaje resulta paráfrasis directa de *El contrato social* de Rousseau.

La poesía satírica, en los albores patrios, se vigoriza a través de la pluma de Juan Cruz Varela (1794-1839). Cuando en la antes citada *Sátira*, Lavardén se colocaba a la defensiva, advirtiendo:

*Yo no nací poeta ni presumo
que con las hojarascas del Parnaso
en torno de mi fétetro hagan humo...
Porque ello es cierto que el poeta
[nace
y que el que no lo sacó del menudillo
en vano la mollera se deshace...*

en realidad anticipaba una profecía amplia y de largo alcance, intuyendo cuál sería la condición de futuros versificadores rioplatenses. Porque quienes por azares y contingencias de la militancia patriótica debieron empuñar a un tiempo pluma y espada, fueron tanto soldados como poetas por imperio de las circunstancias. Las Humanidades de la universidad colonial y teocrática vinieron en socorro de las ideas y movieron las plumas, pero el hechizo poético les fue negado.

Sólo —y no en todos los casos— elocuencia y ardor para suplir el numen.

Con Juan Cruz Varela, en cambio, despuntan el don poético y la decidida vocación literaria, quizás por primera vez desde las horas de Mayo.

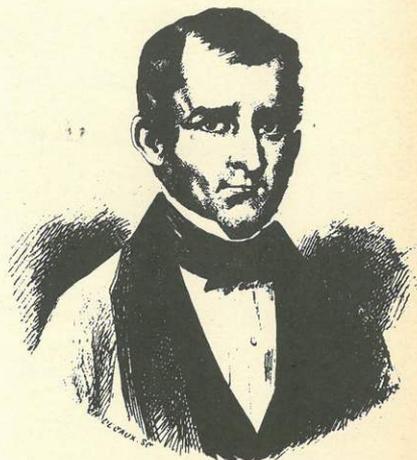
Ello se advierte en varios pormenores señalables: es el primero que deja reunido un conjunto orgánico y personal de poemas (1831), dispuesto para la publicación; es el primero que aborda, decididamente y sin actitudes furtivas, la lírica erótica. Hasta su manifestación, sólo la sátira y la poesía patriótica habían sido las especies predilectas de los improvisados vates; la lírica intimista sólo aparecía en esporádicas elegías o notas cortesanas.

En el conocido estudio que Juan María Gutiérrez dedica a Juan Cruz Varela, no trata la vena satírica y polemista evidenciada por éste. Pero en dicho estudio la atención está centrada en la vena política, en la defensa de la causa rivadaviana, y el eje de las referencias finca en el periódico *El Granizo*. Sin embargo, entre las páginas que Varela alistó en 1831 para la posible edición dio

cabida a algunos epigramas, cuyas resonancias ponen una nota desusada de implicaciones sexualistas, acerbos críticos a vicios sociales y disparos antimilitaristas, que debieron preocupar seriamente a ciertos sectores de sobrevivencia colonial.

En los días de la guerra con Brasil, proliferaron las sátiras contra los portugueses y, entre ellas, hay una, frecuentemente citada por los historiadores del teatro, pero por muy pocos analizada; y menos aún, advertidos sus antecedentes. Se trata de la "Oda a la acción naval de 11 de junio de 1826 en elogio del general Norton", firmada con el seudónimo de "El bagre sapo" y generalmente conocida con la denominación de "Oda del bagre sapo". Es ella una especie mínima de poema burlesco del tipo de la *Batracomioaquia* o de *La mosquea*. A partir de una afirmación de Mariano Bosch suele atribuirse a Florencio Varela (1807-1848), también conocido satirista por la *Epístola sobre el estado actual de nuestra jurisprudencia* (1831); pero algunos rasgos de estilo hacen sospechar que el autor pudiera ser Juan Cruz Varela.

Aunque exceda el margen elegido de 1830 y por lo tanto el lector vuelva a tener noticias de ella más adelante, no es posible dejar de mencionar aquí, porque de hecho cierra un primer ciclo de poesía satírica argentina, una poco conocida *Sátira a los periodistas argentinos* (1832) de Esteban Echeverría. Compuesta con motivo de las críticas que le fueron formuladas en *El Lucero*, *La Gaceta mercantil* y el *British Packet* a su poema *Elvira o la novia del Plata*, esta sátira traduce los atisbos de un conflicto en marcha entre dos sensibilidades antagónicas, de una decisión que va hacia la independencia intelectual, y que emerge de entre un abigarrado material de periodismo, satírico, mucho de él en tono gauchesco, típico de los primeros años de la época rosista.



Florencio Varela

La literatura de la época, basada en modelos seudoclásicos, se preocupa principalmente en exaltar los triunfos y las glorias de las armas criollas, al mismo tiempo que canta loas y vibrantes cantos patrióticos a la nacionalidad que surge.



El pueblo de Buenos Aires asiste a los combates entre Brown y las fuerzas brasileñas (1827)

El virgilianismo poético. — Como una curiosa mezcla de la filosofía de la naturaleza, característica del siglo XVIII; de las doctrinas de los fisiócratas y librecambistas, y de los planes político-económicos semejantes a los que en Roma determinaron a Virgilio la contribución de *Las Geórgicas*, en el Río de la Plata aparecen tempranamente ecos de esa prédica que se vale de la poesía para advertir el significado de la riqueza y fertilidad de las tierras, la necesidad de su explotación y las ventajas de la vida simple junto a la naturaleza; y, al propio tiempo, clamar ante el grave problema que comporta el abandono del laboreo de los campos y el hacinamiento popular en las ciudades. Ya había ocurrido esto con Lavardén.

Un mes antes de la Revolución de Mayo, Vicente López y Planes (1785-1856) publica en el número 8 del *Censor Comercial* (21/IV/1810) la prosaica oda *Delicias del labrador*, netamente virgiliana, en su elogio de la vida sencilla del hombre de las estancias. La domesticidad del idílico cuadro presentado por el autor del *Himno Nacional* está dentro de una intención —de neta influencia russoniana— a la que concurren también perceptibles intereses económicos rioplatenses, fácilmente individualizables en sucesivos artículos periodísticos reiterados desde los días del *Telégrafo Mercantil*, del *Semanario de Agricultura, Industria y Comercio*, del *Correo de Comercio*, del *Censor Comercial* y, también, de la conocida *Representación a nombre de los hacendados*, de Mariano Moreno (1786-1811). La misma que se reitera luego en el brioso artículo "Economía rural", de Esteban de Luca (1786-1824) y que da pie, más tarde, a la elocuente oda *Al pueblo de Buenos Aires*, de este último.

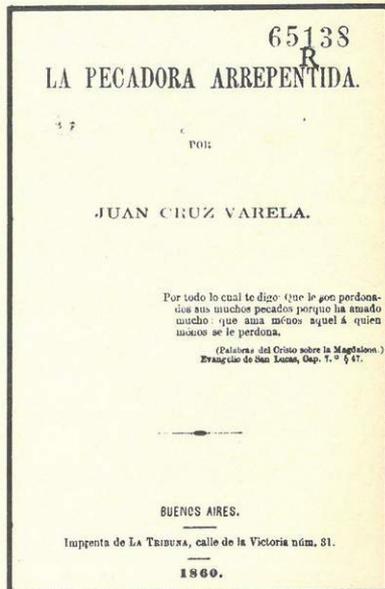
El virgilianismo, entre 1810 y 1830, ofrece una última expresión utilitaria en el ámbito literario rioplatense, a

través de la *Profecía de la grandeza de Buenos Aires*, de Juan Cruz Varela, en la cual, bajo la presión de especiales orientaciones políticas, las fronteras entre campo y ciudad quedan borradas en mutuo enriquecimiento.

Recuérdese que esta composición, nacida de las críticas que los medios reaccionarios hicieron a los proyectos rivadavianos, es de 1822. Su contenido es verdaderamente profético, pero además comporta inquisiciones sobre aspectos a los cuales no siempre han estado alerta los historiadores. ¿Por qué el virgilianismo coincide con los momentos de impulso progresista? ¿Por qué durante la posterior vigencia romántica se transforma en elemento decorativo: paisaje, naturaleza, etc.? No debe olvidarse, tampoco, que para reencontrar la corriente virgilianista en nuestras letras habrá que esperar el *Facundo* (1845), de Sarmiento; o *El Tempe Argentino* (1858), de Marcos Sastre, y ambos en prosa.

Las actitudes lírico-sentimentales. — En las letras argentinas, contrariamente al presupuesto de Víctor Hugo, la lírica tiene tardía aparición. Al afirmarlo, claro está, debe pensarse en la lírica propiamente dicha, la de las efusiones sentimentales, personales e íntimas; porque tomada la designación en sentido amplio, es indudable que también vibran en cuerda lírica los desahogos satíricos, las notas virgilianas y la enervada poesía cívica.

Dentro de la actitud poética de la Colonia, la lírica propiamente dicha se manifiesta en acartonadas genuflexiones cortesanas o en religiosidades de superficie, o en las manifestaciones esporádicas o enmascaradas de Tejeda. Con la entrada del siglo XIX, la presencia de la *Oda al Paraná* de Lavardén y la escuela de



Edición de 1860 de una de las obras de J. C. Varela



LA

LIRA ARGENTINA

MARCHA PATRIÓTICA.

Oín. mortales, el grito sagrado
 Libertad, libertad, libertad:
 Oíd el ruido de rotas cadenas.
 Ved en trono á la noble igualdad.
 Se levanta en la faz de la tierra
 Una nueva gloriosa nación
 Coronada su sien de laureles,
 Y á sus plantas rendido un León.

CORO.

Sean eternos los laureles.
 Que supimos conseguir:
 Coronados de gloria vivamos.
 O juremus con gloria mori

Primera página de La Lira Argentina

elogios e imitaciones poéticas que desencadena confirman una conducta lírica fundada en elementos externos y descriptivos, así como la ausencia de intimismos y notas eróticas.

Los poetas de la Revolución también velan, pudibundos, los sentimientos personales y no son flautas ni sistros los que suenan en sus estrofas, sino cívicas trompetas. Algunos escapes sentimentales, a pesar de todo, han quedado registrados en versos muy ocultos, como aquellos de Esteban de Luca que rescatara Juan Cruz Gutiérrez, consagrados a *Una rosa* o al dolor por la prematura muerte de su hermana. O bien los motivados por las esquiveces de la amada. O bien los de Juan Crisóstomo Lafinur (1797-1827): *Las flores*, *A una rosa*, *Ella en el baño*, y una extensa *Elegía* en torno de un juramento matrimonial no cumplido. Otro tanto ocurre con Juan Ramón Rojas (1784-1824), de quien sólo suelen mencionarse las poesías patrióticas, mientras que las composiciones erótico - sentimentales han caído en completo olvido o se han perdido. Un caso como el del presbítero José Antonio Molina (1773-1838), compositor de villancicos y pastorelas, es excepcional. Quizás la nota elegíaca sea la única expresión no reprimida que en los poetas cívicos pueda asentar y contrapartida de la poesía patriótica. Y esa nota suena generalmente en circunstancias luctuosas, como ocurre, por ejemplo, luego de la desaparición del general Belgrano.

Aquí también, como en el caso de la poesía satírica, para hallar la presencia de un ingenio lírico auténtico, hay que aguardar el arribo de Juan Cruz Varela, el primero, como ya se dijo, de los escritores argentinos de decidida vocación literaria. "En mi juventud —escribirá Varela en la «Advertencia» preparada para sus *Poesías completas*— me ejercité casi exclusivamente en el género erótico, pero he condenado al olvido la mayor

parte de mis composiciones amatorias, conservando solamente aquellas que puedan, sin inconveniente, salir del estrecho círculo de la amistad y de las relaciones más íntimas." Cuando se recorre el volumen, los nombres de Laura, Delia, Elvira, Elida, Dorila, Cintia, etc. ponen un toque no aparecido hasta entonces en ningún otro poeta argentino.

Encabalgadas en dudosa especie lírico-filosófica, en los primeros años de la patria, se encuentran algunas composiciones de tono reflexivo, como por ejemplo las *Octavas* de Pantaleón Rivarola (1754-1821) sobre las invasiones inglesas; las odas de Juan Cruz Varela: *Sobre la invención y libertad de la imprenta*, *La superstición*, *A la juventud argentina*, etc.; o las de Florencio Varela: *A la concordia*, *A la hermandad de caridad de Montevideo*.

La poesía cívica y patriótica.—

Relacionada con las empresas y contiendas libertadoras y constituyendo vehículo de alientos y proselitismos en favor de la causa nacional, se registra en las décadas iniciales de la nacionalidad una poesía cívica característica, compuesta por letrados de la revolución que se improvisan poetas. Con el bagaje retórico de las humanidades clásicas, proporcionado por la educación teocrática de la Colonia, suplen el don poético que la naturaleza no les concedió. De ahí que casi siempre sus poemas resulten, en lo formal, prosas metrificadas, engoladas, con los infaltables aderezos retóricos y la interferencia pseudoclásica de Febos y Mavortas, Apolos, Belonas, Ceres y Pomonas. En cambio, desde el punto de vista de sus contenidos, el conjunto de la poesía patriótica, entre 1810 y 1830, coincide con las ideas de libertad y lucha contra tiranos y absolutismos, contra su-

misiones y vasallajes de cualquier tipo que fueran. Por eso canta a los héroes del día, a los vencedores en los campos de batalla donde se lucha contra el godo. Así nacen himnos, canciones, encomios. Con razón ha podido afirmar Juan María Gutiérrez en el ensayo *La literatura de Mayo*, que "los orígenes de nuestra poesía patria son purísimos como las aguas de manantial que brota de una colina virgen sombreada de mirtos y de palmeras, y rodean este cuadro sencillo todas las inocencias de forma, todas las inexperiencias de estilo que son de esperarse en una situación en que los actores del gran drama de la revolución aprenden su papel al mismo tiempo que lo representan.

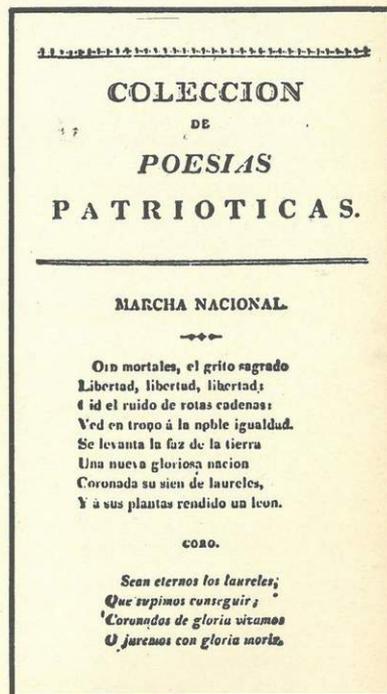
Pero estos artistas inspirados sienten dentro de sí el entusiasmo y el fervor del patriotismo, el odio por los mandones ineptos y codiciosos, y les hierve en el pecho la venganza de grandes ofensas causadas a la dignidad humana por la fuerza, el fanatismo y la injusticia. Estos sentimientos se convierten en cuerdas de lira, y el eco de la tempestad se deja sentir en los primeros cantos, por débil e inexperiencedada que sea la mano que hiere aquellas cuerdas".

Por otra parte, es curioso y, además, motivo de renovado respeto, el hecho de que esa poesía patriótica clamante contra España, en realidad sólo cuente con dos posibilidades de expresión: la adquirida a través de las humanidades clásicas en la imitación de Píndaro, Horacio, Virgilio, y otros; o la recibida de la propia España, por influencia de Arriaza, Gallegos, Jovellanos, Cienfuegos, Quintana, o los lejanos Herrera, Góngora y Calderón. La lírica inglesa o la francesa no eran conocidas con la misma inmediatez que las ideologías racionalista y enciclopedista. De ahí los desconciertos entre forma y fondo advertidos en muchos poemas cívicos de la época de infancia de las letras argentinas.

El caudal de esa poesía patriótica corre en volantes, periódicos, manuscritos o recitaciones en salones, tertulias y actos conmemorativos; quizás deba señalarse como otra prueba de la ausencia de absorbente vocación literaria de sus autores, el hecho de que —salvo una vez más Juan Cruz Varela y un tímido opúsculo de cinco composiciones patrióticas reunido en 1830 por su hermano Florencio— ninguno intente reunirla en libro o, en muchos casos, ni siquiera individualizarla categóricamente. De no mediar la feliz empresa de Ramón Díaz, concretada en la edición de *La Lira Argentina* (1824) y, poco después, la gestión oficial rivadaviana concretada en la *Colección de Poesías Patrióticas* —más tamizada e individualizados los autores—, mucha de ella se hubiera perdido irremediablemente.

"Al dar a luz —expresa en el prólogo el editor de *La Lira Argentina*— la colección de todas las piezas poéticas o de simple versificación que han salido en Buenos Ayres durante la guerra de la independencia, no he sido animado de otro deseo que el de redimir del olvido todos esos rasgos del arte divino con que nuestros guerreros se animaban en los combates de aquella lucha gloriosa; con que el entusiasmo y el amor de la patria explicaba sus transportes en la marcha que emprendimos hacia la independencia..."

La Lira Argentina se abre con el "Himno Nacional" y se cierra con "El triunfo argentino", el canto con que Vicente López y Planes celebra la suerte de las invasiones inglesas. Díaz lo incluye en esta colección, fuera de orden cronológico, porque entiende que con él se anuncia la bravura y genio belicoso del futuro argentino libre. La mayor parte de las composiciones insertas en *La Lira Argentina* no menciona a sus autores, cuya individualización ha sido posterior tarea de la crítica y erudición.



Primera página de la "Colección" de poesías patrióticas

La "Marcha Patriótica", de Vicente López y Planes, poeta destacado ya en la época virreinal, gana los laureles del concurso establecido para elegir la letra del Himno Nacional. Por otra parte, habrá de encabezar el volumen de "La Lira Argentina", compilado por Ramón Díaz.



Primera ejecución del Himno Nacional

La Colección de Poesías Patrióticas tuvo menor fortuna editorial. Posiblemente nacida como réplica a los descuidos de la anterior selección, incluye, además, algunos poemas fechados en 1825. La compilación se divide en dos partes: canciones y odas, y cantos. Impreso el volumen, de trescientas cincuenta y tres páginas, no se concluyó ni su portada ni su índice, pues la empresa comercial fue abandonada. Sólo circularon algunos ejemplares en rama, hoy rarísimos.

Entre los cultores de la poesía patriótica, el nombre de Esteban de Luca reclama un primer plano. Su contribución se conserva hoy más viva —salvo, por supuesto, el *Himno Nacional*— que la de Vicente López y Planes, en razón del mayor dinamismo de estilo y de la elocuencia que lo impulsa.

Composiciones como *Montevideo rendido*, *Canto lírico a la libertad de Lima*, *A la victoria de Chacabuco*, *Al vencedor de Maipo*, son —según ha puntualizado Roberto Giusti— "antes que alta poesía, actos de fe cumplidos como un deber patriótico, fervorosos boletines de victoria, redactados con ilustración y talento".

Juan Ramón Rojas también cantó *El sitio de Montevideo* y, los triunfos de Maipo y Chacabuco, altisonante, impetuoso, desordenado. Fray Cayetano Rodríguez con *Al paso de los Andes* y *Victoria de Chacabuco*, entra en el ciclo de poesía sanmartiniana, al cual tampoco es ajeno Juan Cruz Varela con *Al triunfo de nuestras armas en los llanos del río Maipo* y *A la libertad de Lima*. Pero Varela, además, se exalta —hasta la hipérbole incontentida— con *El triunfo de Ituzaingó*, en la cual Alvear y Brown eclipsan con sus hazañas las de Leónidas y Temístocles. No debe olvidarse, en otro terreno, que desde su exilio a partir de 1829, Juan Cruz

Varela inicia la fervorosa exaltación poética del espíritu de Mayo que animará a los proscriptos antirrosistas.

Su vibrante poema *El 25 de Mayo de 1838, en Buenos Aires*, es uno de los más rotundos entre los que unen la loa de Mayo y la execración a Rosas. Con las poesías patrióticas, nacidas entre 1810 y 1830, y también gracias a *La Lira Argentina*, se conservan algunas muestras de composiciones redactadas en lengua semigauchesca, casi todas correspondientes a la pluma de Bartolomé Hidalgo, que será estudiado en otro sitio, como la antes citada: *Un gaucho de la Guardia del Monte...*, estructurada con los caracteres del *cielito*.

Juan María Gutiérrez ha señalado el valor y la función desarrollada por los cielitos —especies líricomusicales— como colaboradores del proselitismo en favor de la causa patriótica en el medio rural y popular, en las masas no letradas. “Raro —dice— es el acontecimiento político de aquel período que no se halle consignado en un *cielo*, y existen algunas de esas composiciones que son una exposición completa de las razones que tuvo el país para declararse independiente...

El cielo se identificó especialmente con la suerte de nuestras armas, y en cada triunfo patrio se oyeron sus populares armonías a par de los himnos y de las odas de los grandes poetas:

*Al cielo de las victorias,
vamos al cielo, paisanos,
porque cantando el cielito
somos más americanos.”*

En trabajos abundantes y documentados sobre *El arte de los payadores* e *Itinerario del payador*, Ismael Moya y Marcelino M. Román, respectivamente, han seguido y reconstruido el andar y los temas de algunos cantores populares que en los días de la independencia compusieron o divulgaron este tipo de poesía, ampliando

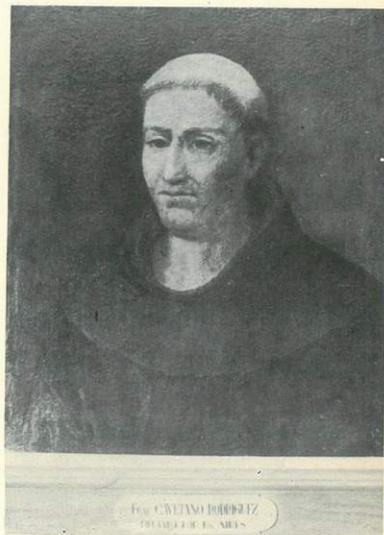
así las primeras e ineludibles referencias que sobre la poesía lírica de nuestros campos y sus transformaciones fijó Ricardo Rojas en las páginas de “Los gauchescos” de *La literatura argentina*.

La expresión dramática. — En la apretada mención de las modalidades fundamentales que ofrece la actividad literaria argentina entre 1800 y 1830 no puede omitirse la dramática, sobre todo porque muchos críticos, sin procurar debida circunstanciación a las coordenadas de época y lugar, se expiden ligera y desdeñosamente sobre ella.

Tres reconocibles vertientes afinan, desde los albores patrios, las raíces de un teatro que, indudablemente, tardará años en fructificar; pero que marcan rasgos inconfundibles; rasgos, que de ser interpretados sin partir de ellas, omitiéndolas, ofrecerán vericuetos de insalvable explicación. Dichas vertientes son: el colonialismo, el espíritu localista, y el gauchismo.

La raíz de espíritu colonial engendra manifestaciones dramáticas donde concurren resabios de loas cortesanías, el aporte de tragedias de corte seudoclásico —con sus cinco actos, unidades, decoro y molde a lo Boileau— como debió ser el *Siripo* de Lavardén; de absurdos alegóricos como *La lealtad más acendrada* y *Buenos Aires vengada*, del sacerdote oriental Juan Francisco Martínez; o de pretenciosas lucubraciones trágicas como *Dido* y *Argia*, de Juan Cruz Varela; y *Molina*, de Manuel Belgrano, el sobrino del prócer.

La segunda vertiente manifiesta un claro espíritu localista y concurren a ellas todas las piezas que colaboran con la causa patriota: *El 25 de Mayo*,



Fray Cayetano Rodríguez

MOLINA.

TRAGEDIA EN CINCO ACTOS

POR

M. BELGRANO.

1823.

BUENOS-AYRES:

IMPRENTA DE EXPOSITOS.

Portada de Molina, de Manuel Belgrano

ARGIA.

TRAGEDIA EN CINCO ACTOS.

POR

JUAN C. VARELA.

1821.

BUENOS AYRES

EN LA IMPRENTA DE HALLÉ.

1821.

Portada de Argia, de Juan Cruz Varela

El Hijo del Sud y *La rebelión de Tupac-Amarú*, de Luis A. Morante; *Camila*, de fray Camilo Henríquez; *La libertad civil*, *El detalle de la acción de Maipú*, *La batalla de Tucumán*, anónimas; No faltan en esta segunda vertiente obras que, apartándose de las resonancias bélicas, intentan penetrar en lo doméstico y cotidiano de la vida ciudadana, reflejando modos de vida, conflictos, idiosincrasias e intereses en juego, como se ve, por ejemplo, en *El hipócrita político*, anónima; *Las dos tocayas* y *La quicallería*, de Santiago Wilde; *El ánima en pena*, de Morante; *A río revuelto ganancia de pescadores*, de Juan Cruz Varela.

La tercera vertiente muestra la incipiente del teatro gauchesco, el mismo que hacia fines del siglo XIX aflorará en el mimodrama *Juan Moreira*, reputado como origen del teatro nacional, según algunos historiadores. En esta dramática gauchesca primitiva, hasta 1830, se consigna, como ya sabemos, la presencia de la pieza más antigua de la especie, *El amor de la estanciera*, representada entre 1792 y 1793, que ya ofrece los rasgos característicos de lengua, medio, tipos y estructuras que desarrollará más tarde el teatro nacional argentino. En la primera década de la Emancipación, el ya mencionado sainete *El detalle de la acción de Maipú* presenta una relación llevada a cabo por gauchos y paisanos de las luchas que precedieron la liberación de Chile por San Martín. Finalmente, hacia 1823, el sainete *Las bodas de Chivico y Pancha*, urdido con elementos pintorescos y realistas, reconstruye un medio entre rural y suburbano, que cuenta como valor documental.

Juan Cruz Varela. — Los años comprendidos entre 1800 y 1830 ofrecen abundante producción literaria en di-

versos géneros, aunque en ella está ausente la narrativa. Esa producción, presionada en gran parte por razones ajenas al quehacer literario estricto aparece endeble y con evidentes síntomas de precariedad. Las especies cultivadas con mayor asiduidad son las relativas a la vena patriótica, en cuyas más logradas expresiones priva la elocuencia antes que la poesía. El intimismo poético queda postergado; sólo la presencia de Juan Cruz Varela revela a un decidido cultor de más amplia gama lírica, incluido el erotismo. Desde un punto de vista estrictamente literario, la de Varela es la figura de mayor relieve en esas primeras décadas del siglo XIX en la literatura argentina.

Iniciado en los clásicos, poseedor cabal del latín, tuvo claro sentido de autocritica poética, visible en la gran cantidad de composiciones que sacrificó al intentar la colección de sus poesías, en 1831; y a través de ciertos poemas reescritos en épocas distintas.

En dicha colección los poemas se acomodan según un orden cronológico entre 1817 y 1831. Y allí figuran las poesías amatorias de la juventud, las composiciones patrióticas consagradas a próceres, triunfos bélicos y exaltaciones a los jóvenes; odas filológicas, canciones e himnos; los elogios a la acción rivadaviana, los dolores del destierro y algunas traducciones de Horacio. Había fijado para una posible edición, además, los textos corregidos de *Dido* y *Argia*, las dos tragedias que leyó en varias noches triunfales en la tertulia privada de Rivadavia. En el destierro montevideano se ejerció también en la versión de *La Eneida* virgiliana. Al morir, en esa ciudad, dejó cerrado un ciclo poético que era prolongación dieciochesca; pero, al propio tiempo, anunciaba en ciertos temblores poéticos nuevos tiempos y sensibilidades, ya en vigencia por el mundo.



Iglesia de San Francisco (Vidal).

Bibliografía básica

PRINCIPALES EDICIONES DE LA POESÍA DE LA REVOLUCIÓN

La lira argentina, Buenos Aires, 1824.
Colección de poesías patrióticas, Buenos Aires, 1827. .
La lira argentina, segunda edición, Librería "La Facultad", Buenos Aires, 1924.
Antología de poetas argentinos, de Juan de la C. Puig, Buenos Aires, 1910.
La lira argentina, selección realizada por Fernando Rosemberg, Editorial Universitaria de Buenos Aires, 1966.

ESTUDIOS CRÍTICOS

Alberdi, Juan Bautista: *Certamen poético*, Montevideo, 1841.
Ara, Guillermo: "Los neoclásicos y un frustrado intento de expresión", *La Nación*, 29 de julio de 1962. Con el título de "El neoclasicismo, expresión parcial de un momento argentino" y algunas modificaciones, fue recogido en el libro *Los argentinos y la literatura nacional*, Buenos Aires, 1966.
Arrieta, Rafael Alberto: "Cancioneros patrióticos y antologías", en *Historia de la Literatura Argentina*, dirigida por Rafael Alberto Arrieta, T. VI, Buenos Aires, 1960.
Battistessa, Angel J.: "Los modos expresivos de la literatura de Mayo", en *Algunos aspectos de la cultura literaria de Mayo*, Universidad Nacional de La Plata, 1961.
Becco, Horacio Jorge: "Introducción" a *Cielitos y diálogos patrióticos*, de Bartolomé Hidalgo, Buenos Aires, 1963.
Carilla, Emilio: *La literatura de la Independencia Hispanoamericana*, Buenos Aires, 1964.
Castagnino, Raúl H.: *Milicia literaria de Mayo*, Buenos Aires, 1960.
Giménez Pastor, Arturo: *Los poetas de la Revolución*, Buenos Aires, 1917.
Giusti, Roberto F.: "Las letras durante la Revolución y el período de la Independencia", en *Historia de la Literatura Argentina*, dirigida por Ra-

fael Alberto Arrieta, T. I, Buenos Aires, 1958.
Gutiérrez, Juan María: *Los poetas de la Revolución*, Academia Argentina de Letras, Buenos Aires, 1941.
Moya, Ismael: "El destino misional de los poetas de Mayo", *El Mundo*, 25 de mayo de 1958.
Pagés Larraya, Antonio: "Cantos de Mayo", *Davar* N° 87.
Rojas, Ricardo: *Historia de la literatura argentina*, "Los coloniales", Buenos Aires, 1918.
Rosemberg, Fernando: "Juan Crisóstomo Lafinur, poeta de la Revolución", *Davar* N° 66. "La poesía de la Revolución", *Davar* N° 87. "La mención del indio en la poesía de la Revolución", *Boletín de la Academia Argentina de Letras* N° 117-118. "La lira argentina", estudio preliminar, en la selección publicada por la Editorial Universitaria de Buenos Aires. "La poesía de la Independencia", *Davar* N° 111. "La poesía de la Revolución y de la Independencia", *Boletín de la Academia Argentina de Letras* N° 123-124.

Para el material gráfico del presente capítulo, se ha contado con la cortés colaboración del Archivo Gráfico de la Nación, del Museo Histórico Nacional, de la Biblioteca Nacional y del Instituto de Estudios del Teatro.



Desembarco — Acuarela de Emeric Essex Vidal (1818)

Este fascículo, con el libro
LA LIRA ARGENTINA (selección),
 constituye la entrega n° 6 de **CAPITULO**

Precio del
 fascículo
 más el libro: \$ **150**

CAPITULO

La historia de la literatura argentina

Todas las semanas aparece una nueva entrega, que consta de un fascículo y un libro. Cada fascículo da un panorama completo de un autor o un período; el libro correspondiente da una obra completa o una antología representativa de dicho autor o período. Los fascículos en su conjunto constituirán la "Historia de la literatura argentina" propiamente dicha; los libros constituirán la "Biblioteca Argentina Fundamental". La obra íntegra —Historia más Biblioteca— se publicará en 56 semanas. He aquí el plan de la obra.

ENTREGA	FASCÍCULO	LIBRO
1	Introducción: Los orígenes	Martín Fierro - J. Hernández - 192 págs.
2	Introducción: El desarrollo	La gallina degollada y otros cuentos - H. Quiroga - 128 págs.
3	Introducción: Los contemporáneos	El perseguidor y otros cuentos - J. Cortázar - 144 págs.
Primera parte		
4	Epoca colonial: del Renacimiento al Barroco	Los fundadores - Antología - 96 págs.
5	Epoca colonial: la Ilustración y el Seudoclasicismo	La literatura virreinal - Antología - 120 págs.
6	La época de Mayo	La lira argentina - 96 págs.
7	Nacimiento de la poesía gauchesca	Cielitos y diálogos patrióticos - Hidalgo - 80 págs.
8	La época de Rosas y el romanticismo	La época de Rosas - Antología - 120 págs.
9	Echeverría y la realidad nacional	El matadero y La cautiva - Echeverría - 120 págs.
10	El nacimiento de la novela: Mármol	Amalia (primera parte) - Mármol - 400 págs. (Vol. Esp.)
11	El nacimiento de la crítica: J. M. Gutiérrez	Amalia (segunda parte) - Mármol - 300 págs.
12	La prosa romántica: memorias, biografías, historia	Memorias del General Paz - Selección - 120 págs.
13	El ensayo en la época romántica	El ensayo romántico - Antología - 108 págs.
14	El ensayo: Domingo Faustino Sarmiento	Facundo - Sarmiento - 200 págs.
15	Desarrollo de la poesía gauchesca	Santos Vega - Ascasubi - Fausto - Del Campo - 108 págs.
16	José Hernández: el Martín Fierro	Escritos en prosa - Hernández - 92 págs.
17	La segunda generación romántica: la poesía	Versos románticos - Antología de Gutiérrez y Andrade - 120 págs.
18	Lucio V. Mansilla	Una excursión a los indios ranqueles (primera parte) - L. V. Mansilla - 320 págs. (Vol. Esp.)
19	La generación del ochenta: las ideas y el ensayo	Una excursión a los indios ranqueles (segunda parte) - L. V. Mansilla - 240 págs.
20	La generación del ochenta: la imaginación	La gran aldea - Lucio V. López - 160 págs.
21	La "prosa ligera" y la ironía: Cané y Wilde	Juvenilia - Cané - 124 págs.
22	El naturalismo: Eugenio Cambaceres	Sin rumbo - Cambaceres - 144 págs.
23	La literatura social: José Miró	La bolsa - José Miró - 190 págs.

FASCÍCULOS QUE APARECERAN POSTERIORMENTE:

Segunda parte: 24. Los últimos románticos - 25. La vuelta del siglo: Almafuerte - 26. El modernismo - 27. Leopoldo Lugones - 28. Modernismo y narrativa: Enrique Larreta - 29. Realismo y picaresca: Roberto J. Payró - 30. Modernismo y naturalismo: Horacio Quiroga - 31. Ricardo Güiraldes - 32. El teatro en la vuelta del siglo: Florencio Sánchez - 33. El teatro: Gregorio de Laferrere - 34. La poesía en el avance del siglo - 35. Feminismo y poesía: Alfonsina Storni - 36. La poesía de Enrique Banchs - 37. Fernández Moreno: el sencillismo - 38. Realismo tradicional: narrativa urbana - 39. Realismo tradicional: narrativa rural - 40. El movimiento de

Martín Fierro - 41. Florida y la vanguardia - 42. Boedo y el tema social - Tercera parte: 43. La novela moderna: Roberto Arlt - 44. Madurez del teatro: Samuel Eichelbaum - 45. El ensayo moderno: Ezequiel Martínez Estrada - 46. La crítica moderna - 47. Intelectualismo y existencialismo: Mallea - 48. La novela experimental: Marechal - 49. La narrativa fantástica: Borges - 50. La poesía: la generación del 40 - 51. La poesía social después de Boedo - 52. Desarrollo de la narrativa: la generación intermedia - 53. La generación intermedia en teatro: los teatros independientes - 54. La generación del 55: los narradores - 55. La literatura actual - 56. Índice general.